
REFLEXION SOBRE LA GUERRA CIVIL

Juan Marichal

análisis y debate



6

«La historia es la ciencia de lo que sólo acontece una vez», solía reiterar un historiador francés, hoy casi injustamente olvidado, Charles Seignobos (1854-1942). Se oponía así, no sin ironía, a la expansión de la sociología por los campos de las ciencias históricas, y a todo lo que representarían sus propios alumnos, los jóvenes historiadores del grupo fundador de la famosa revista *Les Annales*. Uno de ellos, el recientemente fallecido Fernand Braudel, recalca a su vez que «no hay ciencia sino de lo general», en tajante respuesta a Seignobos. Estas dos concepciones de la historia, aunque aparentemente incansables, pueden conjugarse para el estudio de la mal llamada guerra civil española de 1936-1939. Porque ese magno suceso histórico fue «algo que sólo ocurre una vez» (para repetir palabras de Seignobos), ya que no puede ser equiparada a las guerras internas del siglo XIX —las guerras de constitucionales y carlistas— ni es tampoco concebible que se produzca un conflicto semejante en el futuro de España. De ahí que sea imperativo —en este año aniversario— prestar cuidadosa atención a todas las característi-

cas específicas, absolutamente irrepetibles, de aquella gran tragedia ibérica y episodio histórico universal: y las jornadas que ahora concluyen han sido un ejemplo del nuevo temple de los historiadores españoles que prestan a la guerra de 1936-1939 la atención aludida.

Mas también ha de situársela —como predicaba Braudel— dentro de un vasto contexto histórico, mostrando su pertenencia al movimiento, casi geológico, que se inicia con la revolución francesa de 1789 y culmina con la primera guerra mundial y sus dos más visibles consecuencias, la revolución rusa de 1917 y el predominio nazi, desde 1933, en los países germánicos. Tanto en un caso como en el otro —métodos de Seignobos y de Braudel— quedaría considerablemente atenuado todo lo que se refiere al supuesto «carácter español», como factor verdaderamente importante entre las dizque «causas» de la catástrofe de 1936. Aunque esta atenuación sería resistida, sin duda, tanto por algunos historiadores españoles como por los foráneos dedicados a la historia española.

Con lo cual no propongo que se elimine enteramente el factor «racial» (como lo llamaba el presidente Azaña) al considerar la guerra española de 1936-1939, dado que, como decía mi maestro Américo Castro, «el pueblo español es el más engarabitado de Europa». O para ponerlo en términos menos castizos y más precisos, podemos recordar los que empleó Metternich: «el pueblo más singularmente constituido de toda Europa». De ahí que los instrumentos intelectuales requeridos por la investigación histórica de tan magno y complejo suceso español sean más numerosos —y, sobre todo, más delicados— que en otros episodios análogos de otros países. Y es oportuno indicar, aquí, que veo en España un considerable impedimento para el trabajo de los historiadores españoles sobre su patria, y en particular sobre la guerra que aquí nos ha congregado: me refiero a la ausencia, en España, de investigadores dedicados a la historia de otros países europeos, y de otras partes del mundo. El gran Alexis de Tocqueville insistía en que el historiador francés que no traspusiera, intelectualmente, las fronteras de su país, no podría entender, ni por supuesto explicar, la Gran Revolución de 1789. Precepto que el mismo Tocqueville cumplió, al iniciar sus trabajos, con su famoso estudio de 1835 sobre la joven democracia norteamericana.

Para lo cual no bastaría, claro está, familiarizarse mediante la lectura con la historia de la Europa transpirenaica y la de otros continentes. Deberían emprenderse en España las investigaciones de dichas historias, cuya carencia ha sido lamentada, al menos desde hace setenta años, por Américo Castro y otros pensadores españoles. Porque sólo cuando en España haya historiadores verdaderos de Francia o Inglaterra, Rusia o Alemania —cuyos nombres figuren en las bibliografías internacionales— podrá acometerse, en este país, una historia de la guerra de 1936-1939 que esté a la altura intelectual exigida por la magnitud de aquella inmensa tragedia.

Es manifiesto, sin embargo, que los jóvenes historiadores españoles han aportado en los últimos años trabajos sobre la guerra española de patente categoría internacional. En suma, someto a ustedes que conviene tener presente —para el estudio de la guerra española por españoles— aquel precepto de Unamuno que podríamos formular así ahora: «sólo podrán descubrir España los españoles europeizados».

Tengamos presente, además, que la guerra de 1936-1939 es uno de los asuntos históricos españoles con mayor bibliografía internacional, superada solamente

por los escritos sobre Colón y sus descubrimientos, o por la Inquisición. Así he tenido con frecuencia dos sentimientos contrapuestos, en la gran biblioteca universitaria de Harvard, al recorrer la sección dedicada a la guerra española: la alegría de comprobar, visualmente, la atención universal generada por la guerra, la melancolía de no poder leer yo, en sus lenguas originales, multitud de libros y artículos que, probablemente, no serán nunca traducidos al español. Esto es, la guerra española ha sido contemplada —y en verdad, *vivida*— desde múltiples perspectivas planetarias, y puede así un lector español conocer aspectos que no serían los usuales de la bibliografía en español. Se han traducido, como todos sabemos, libros de autores de lengua inglesa o francesa —cuya contribución al estudio de la guerra española es indispensable conocer— pero escasean notablemente las traducciones del ruso, del alemán, del italiano y de muchas más lenguas. Con lo cual se pierden —para el lector e incluso para el estudioso español— las perspectivas singulares aludidas.

Falta, sin embargo, en la generalidad de los autores foráneos el *tono* que es más propio del historiador de su propio país, aunque no abunde todavía mucho entre españoles: me refiero al sentimiento de humildad intelectual y emocional ante la inmensidad de la tragedia española. Es casi normal, diríase, que un eminente historiador francés —en un libro reciente sobre la guerra española— sentencie que sus orígenes fueron exclusivamente españoles y, sobre todo, que se sienta muy satisfecho de haber explicado, con marcada seguridad casi pontifical, lo sucedido en España entre la proclamación de la Segunda República y el final de la contienda bélica en 1939. Pero para los nacidos en este país es imposible adoptar un tono análogo al del aludido historiador francés, pues la enormidad de la tragedia española impide tal sentimiento de seguridad intelectual. Además, ¿cómo podría hoy un historiador creer que se puede explicar rotundamente el episodio más trágico de toda la historia de España?

De ahí que sea tan necesaria la humildad —al menos entre españoles— al considerar la guerra de 1936-1939, la humildad que reconoce la imposibilidad de *explicar* todo lo sucedido en esta península hace medio siglo. Se me objetará, indudablemente, que el historiador debe aspirar a formular explicaciones racionales, a fijar precisamente los hechos, sus causas y consecuencias. Y, por supuesto, esa labor investigadora es indispensable para la reconstrucción del pasado español: pero la guerra de 1936-1939 podría verse como una tragedia antigua en la cual las voluntades individuales cuentan muy poco ante *la fuerza del sino* (para decirlo con los términos del poeta romántico). Fue algo semejante a una explosión volcánica que a todos envolvió: que como tal no puede nunca decirse que tuviera su exclusivo origen en tierra española. Juan Ramón Jiménez llamó a la guerra de 1936 una «guerra forastera», y acertaba el gran poeta andaluz al apuntar el carácter extraño, casi ajeno, del conflicto español. Y el presidente Azaña —en *La velada en Benicarló*— afirmó: «el estallido atroz que despedaza a España y sus ejemplos de crueldad son fruto del contagio venido de fuera». Señalaba así Azaña con razón que la guerra española debería verse como una consecuencia más del clima de violencia transpirenaico generado por la primera guerra mundial y sus prolongados y variados efectos.

El ver así la guerra española como una fractura sísmica cuyo epicentro (si se me permite la analogía geológica) estaba más allá de las fronteras nacionales, tendría una beneficiosa consecuencia para los españoles: dejarían de verse como un pueblo que tiende a autoinmolarse, con regularidad, en contiendas fratricidas, y en cuyo carácter nacional está arraigada la violencia. Y llevaría también a

los historiadores jóvenes a seguir el consejo dado por Tocqueville ya mencionado antes. Un joven español que hiciera hoy trabajos sobre la Alemania de la República de Weimar y el ascenso del nazismo podría luego relacionar lo sucedido en Alemania con la catástrofe de 1936 en su patria. Al hacerlo —al trasponer las fronteras lingüísticas e intelectuales de España— los jóvenes historiadores españoles contribuirían, también, a lo que podría llamarse «desactivación emocional» del estudio de la guerra española. Y me permitiré proponer ahora que vendría reducir las conmemoraciones públicas de la guerra, sin, por ello, dejar de seguir estudiándola en pequeños congresos de estudiosos como el que ahora concluye. Porque, en verdad, el recordar la guerra no es, necesariamente, el mejor modo de enseñar el amor a la libertad que deben aprender los españoles más jóvenes. Es oportuno, aquí, recordar lo que dijo un gran argentino del siglo pasado, Juan Bautista Alberdi, a su rival, el presidente Sarmiento, a propósito del libro de éste sobre el tiranuelo Facundo Quiroga: «al hacer la biografía de un tirano no ha enseñado usted a amar la libertad». Palabras que me parecen particularmente pertinentes para la hora actual de España.

Por supuesto, alguien podría recordarme la tan utilizada cita del que fuera, a principios de este siglo, una de las tres magnas estrellas de la Universidad de Harvard entonces, el español Jorge Ruiz de Santayana, conocido en la historia literaria y filosófica de lengua inglesa como George Santayana. La cita es: «los que no conocen la historia están condenados a repetirla». Expondré mis dudas sobre la certeza del aforismo de Santayana, acudiendo a una máxima del gran cómico mexicano «Cantinflas», que me parece más verdadera: «la falta de ignorancia». (Dicho sea de paso, es más que probable que «Cantinflas», o el autor de sus textos filmicos, haya simplemente recogido de la tradición popular tal máxima ejemplar: «la falta de ignorancia».) Que en estos días ha venido otra vez a mi pluma, al volver a mi memoria algo que viví aquí, hace medio siglo, y no muy lejos de este lugar: me permitiré retrotraerme brevemente a aquellos días de mayo de 1936, posteriores a la elección de don Manuel Azaña a la Presidencia de la Segunda República. Residía yo aquí, en casa de mi tío Domingo Pérez Trujillo, fundador, en 1920, de la primera Agrupación Socialista de Canarias, la del Puerto de la Cruz, y diputado en las Constituyentes republicanas. Aunque apartado entonces (como otros «prietistas») de la actividad política de su partido, era visitado, frecuentemente, por políticos tinerfeños que acudían a Madrid para pedir ayudas gubernamentales en materias insulares. Desde fines de mayo hasta mediados de junio de 1936, la mayor parte de aquellas visitas tenían un solo y común objetivo: conseguir que el gobierno de Casares Quiroga, y, muy especialmente, el presidente Azaña, comprendieran que la presencia, en Canarias, del general Franco era harto peligrosa para la República. Recuerdo, en particular, a un destacado miembro de Izquierda Republicana en Tenerife, el doctor Feliciano Jerez Vaquero, que acudió a ver a mi tío, tras una audiencia con don Manuel Azaña. Al exponerle el doctor Jerez los temores de los republicanos tinerfeños, respecto a lo que observaban de las actividades del general Franco, el presidente le contestó, casi sarcásticamente, que seguramente los canarios eran dados a fantasías tropicales o quizá, más sencillamente, el miedo les hacía ver «visiones». Y aquí se aplicaría la máxima del gran «Cantinflas», «la falta de ignorancia». Porque cuando Azaña —tras la victoria electoral de febrero de 1936— tomó el poder e hizo destinar al general Franco a Tenerife, actuó en tal decisión su prodigioso conocimiento de la historia española del siglo XIX: a los generales potencialmente levantiscos se les *confinaba*, por así decir, en el mando de tropas en Canarias y quedaban inutilizados. Pero si Azaña conocía muy bien la historia española, no tenía apenas noción —como sucedía a la inmensa mayoría de los españoles peninsulares entonces— de lo que eran las Islas Canarias, que estaban mucho *más en el mun-*

do (digamos así) en 1936 que esta misma capital. Recordemos que había comunicación aérea frecuente con Alemania. Y, dicho «a lo Cantinflas», quizá un tantito de ignorancia histórica hubiera sido más beneficioso para el presidente Azaña y para España.

Me apresuro, sin embargo, a señalar cuán vano, y cuán falso, sería el acusar a una figura como Azaña (o a cualquier figura histórica) por haber tomado tal decisión, o tal otra. Y conviene aquí, también, repetir lo que mi maestro de la Universidad de México, el historiador Edmundo O’Gorman, solía decirnos a sus alumnos: «No hay que regañar a los muertos». Y con su fino humor mexicano, añadía: «porque no pueden contestar». Aunque, por supuesto, lo que O’Gorman apuntaba era análogo a lo que había indicado el gran pensador e historiador italiano, Benedetto Croce, cuando consideraba cuán vanamente fantasiosos son los reproches a los protagonistas del pasado. Esto es, Croce critica a los historiadores que practican lo que más tarde Ramón Gómez de la Serna llamaría «novelas superhistóricas», las novelas del *si* hipotético. Así, Croce da el siguiente ejemplo: «si en julio de 1914 los gobernantes alemanes y de otros países hubieran sabido dominar sus nervios, la primera guerra mundial no se habría desencadenado». Croce no desdeña, por supuesto, el tener en cuenta el estado de ánimo de los gobernantes europeos en el verano de 1914, ya que, sin duda, tienen importancia los factores personales en una gran crisis histórica. Mas, al prestarse a la elucubración del hipotético *si*, el historiador (apunta Croce) hace, entonces, lo que sucede en las vidas individuales cuando los seres humanos repasan sus vidas: «*si* yo no hubiera conocido a una determinada persona, o *si* no hubiera cometido un cierto error, el curso de mi vida habría sido diferente». Y Croce observa que al hablarlos, así, a nosotros mismos, estamos persuadidos de que nuestra personalidad ha sido una entidad constantemente idéntica a sí misma. Escribía Croce:

«No parece comprender entonces que la persona que somos, en el momento que hacemos el juego biográfico aludido, es la persona que, justamente, conoció a determinada persona, cometió *aquel* error, y todo ello se sumó a otras experiencias, a otros sentimientos y a diversas fantasías que están ahora en el *si* retrospectivo.»

Ese juego es aún más absurdo, observa Croce, en la historia de una colectividad humana, refiriéndose al disparatado libro de un distinguido filósofo francés —*Ucronía*, de Renouvier— que se propuso narrar el desarrollo de la civilización europea, «no como ha sido sino como hubiera podido ser». Y tal gratuita fantasía histórica muestra también, según Croce, cuán falso es el concepto de *causa* en la historia humana: «no me cansaré de señalar que el concepto de *causa* es ajeno a la historia porque es un concepto de las ciencias naturales y sólo en éstas debe emplearse». Ningún historiador, hasta ahora, mantenía Croce, ha podido enlazar causas y efectos, aun para un pequeño episodio histórico, en grado equivalente al de los fenómenos físicos o biológicos.

Todo lo señalado por Croce es particularmente aplicable a la historia de la guerra española, y concuerda con lo que antes apuntamos sobre la utilidad de la concepción histórica de Braudel: que han de situarse, siempre, los protagonistas y sucesos históricos, en un vasto contexto. Se debe aspirar, en suma, a ver la guerra española sin sentimientos de culpabilidad colectiva —y sin reproches a la supuesta culpabilidad de algunos protagonistas principales. Con lo cual no se pretende hacer una especie de «borrón y cuenta nueva», que exoneraría a figuras obviamente condenables por los principios humanitarios de nuestra civilización. Y en esta cuestión es muy pertinente —para el estudio de la guerra española— el

pensamiento del gran historiador católico inglés, Lord Acton. «La historia no puede ser genuinamente científica y objetiva a menos de ser esencialmente ética», escribía Lord Acton, para oponerse a la que él llamaba «la canonización del pretérito histórico». Es más, para Lord Acton, un historiador que justificara implícitamente un crimen —explicándolo en relación a las circunstancias de lugar y tiempo— lo perpetuaría a través de la historia, e incluso lo estaría cometiendo él mismo en el papel.

Precisaba Lord Acton:

«Cometer un crimen es algo que sucede en un momento, es algo excepcional. Defenderlo con una explicación histórica es algo perenne y revela una conciencia más pervertida que la del criminal.»

Hay, sobre todo, para Lord Acton, un principio ético fundamental que los historiadores deben tener constantemente presente, el absoluto respeto a la vida humana. Así, escribía Lord Acton:

«La vida humana es lo archisanto. Al que vierte sangre humana es fácil caracterizarle y condenarlo. Es lo que resuelve, tajantemente, cualquier cuestión... Cuando el historiador tiene entre manos a un patente asesino —sea Dantón o Robespierre— puede estar seguro de sí: el juicio es inmediato.»

¿No cabría decir —a propósito de la guerra española— que convendría evitar la que Lord Acton llamaba «canonización del pretérito», y sentar así que debe condenarse, tajantemente, a los más destacados asesinos?

Mas la guerra de 1936-1939 es ya un episodio que podríamos llamar *cerrado* de la historia universal. En la Universidad de Harvard, por ejemplo, se empezará a ofrecer este próximo otoño un curso sobre la guerra española en el programa obligatorio de historia universal moderna sobre grandes sucesos tales como la Reforma Protestante, la Guerra de los Treinta Años, la Revolución Francesa, la Revolución Rusa. Y se ha incluido la guerra española porque la bibliografía sobre ella es lo suficientemente cuantiosa para poder permitir a los estudiantes el trabajar sobre múltiples cuestiones concretas de orden universal, consideradas en sí mismas y no solamente como «cuestiones españolas». Recordemos también que en los Estados Unidos —donde la comunidad intelectual se identificó con la defensa de la Segunda República— los *días de mayo* de 1937 produjeron una marcada hostilidad entre importantes escritores norteamericanos que nunca se atenuó. Un libro como el *Homenaje a Cataluña*, de Orwell es, así, un texto clave en la historia intelectual de los Estados Unidos, historia en la cual la guerra española representa un capítulo significativo del siglo XX. Del mismo modo que, en un grado equivalente, la novela de Malraux, *La esperanza*, y otras obras de diversos autores franceses, muestran la importancia en la historia intelectual francesa de la guerra española. Resumiéndolo brevemente: la guerra española es un episodio ineludible en la historia intelectual (y política, por supuesto) de muchos países.

Este interés universal en la guerra española produce casi indignación entre algunos españoles, como he tenido ocasión de observar en días recientes. Un eminente catedrático (y muy querido amigo) me decía, no hace mucho, que ese interés era semejante al generado por la llamada «España de Carmen», por la imagen de España vista como la tierra de la violencia y de las costumbres un tanto pintorescas. Añadía mi buen amigo que no se presentaba, en cambio, atención sufi-

ciente fuera de España a la década de la transición, y suponía que tal falta de interés se debía al carácter «normal» de la España democrática. Tras señalarle que, en verdad, la transición española ha sido estudiada en un número ya apreciable de libros periodísticos, de tesis doctorales y otros trabajos análogos, apunté lo que antes he indicado: que la guerra española *está ya* en la historia universal, y que aunque esto desagrade a muchos españoles, también deberían adoptar una actitud semejante a la de los estudiosos foráneos. Había quizá también en mi amigo una actitud semejante a la que manifestaba el gran escritor alemán-suizo Hermann Hesse, cuando contrastaba las épocas con intensa historia universal y las épocas (las mejores, humanamente hablando) en «que menos se advierte la historia del mundo». Refiriéndose a la última Gran Guerra, escribía Hesse:

«Nuevamente nos hemos acostumbrado a vivir durante algunos años, no una vida corriente y privada, no una época humana y una existencia humana, sino *la historia del mundo*, y, nuevamente, como en todos los llamados grandes tiempos, hemos sentido, ante la historia del mundo, un gran horror y repugnancia.»

Mas que la historia mundial irrumpiera en España en el verano de 1936 tan violentamente —y tan dolorosamente para la mayoría de los españoles— ha de verse también como una consecuencia de la situación periférica de España, en la historia europea, desde finales del siglo XVIII, pese al considerable esfuerzo realizado por muchos españoles para incorporar a su patria a la cultura universal entre 1898 y 1936.

Y aquí entramos en un aspecto muy singular de la guerra española, en cuanto cercenadora del extraordinario esplendor cultural de la España del período mencionado que constituye su segunda «Edad de Oro». Porque no hay duda de que, en 1936, la cultura española estaba en el punto *más alto* de toda su historia: desde la matemática a la física, desde la filología a la filosofía, desde la música a la arquitectura, España había alcanzado niveles de creación original equiparables a los transpirenaicos. De ahí también que la guerra española tuviera, tan pronto, una excepcional resonancia en la comunidad universitaria internacional. Dos ejemplos de sucesos muy conocidos ilustran el contraste entre las guerras locales españolas del siglo XIX y la guerra de 1936-1939: las muertes de Larra y García Lorca. El suicidio de Larra, en 1837, sin duda, fue vivido por sus coetáneos españoles como uno de los efectos del conflicto bélico interno, motivado por la sublevación carlista. Mas su muerte no tuvo significación alguna fuera de las fronteras de España o de la lengua castellana. Muy al contrario, la víctima sacrificial que fue Federico García Lorca se convirtió de inmediato en uno de los símbolos trágicos de la cultura universal del siglo XX. Pero sucedió así porque Federico García Lorca era, antes de su muerte, uno de los principales poetas de su tiempo, mientras que Larra y los demás escritores españoles de la generación de 1937 no habían alcanzado la universalidad que tenían los románticos franceses o alemanes. En suma, España no era, en 1936, culturalmente hablando, un país atrasado, y esto dio al conflicto bélico iniciado aquel año uno de sus rasgos más específicos.

Hace algunas semanas un reseñador de un libro colectivo sobre la guerra española aludió, negativamente, a la pretensión de uno de los colaboradores de mantener que en la España de 1936-1939 la cultura se hallaba sólo en una zona, la republicana. Mas, ¿puede negarse lo muy patente? Ciertamente es que una parte significativa de los intelectuales españoles se expatrió ya en 1936, constituyendo en Francia e Inglaterra lo que se llamó «Tercera España». Para la comunidad intelectual internacional no había, sin embargo, dudas sobre el contraste entre una zona bélica regida por militares golpistas y la otra representada simbólicamente

por un gran escritor, el presidente Azaña, y, más tarde, también por un catedrático de fisiología, el doctor Negrín. Fue así, en 1936-1939, mucho más verdadero que en la época de Larra, lo que él llamó «el conflicto entre el sable y la palabra». Mas el representante de la palabra no era, tampoco, un escritor convencional: porque quizá haya sido el presidente Azaña uno de los jefes de Estado más singularmente representativos de la tragedia padecida por su patria. Y, sobre todo, no es aventurado afirmar que ningún Jefe de Estado ha escrito, durante un conflicto bélico interno, un libro como *La velada en Benicarló*.

Me permitiré, ahora, hacer un breve inciso de orden personal, porque revela (creo) el cambio de muchos lectores españoles de Azaña desde 1939. Leí *La velada en Benicarló* —en su excelente traducción francesa— en París, pocos días después de aparecer en las librerías, hacia mediados de septiembre de 1939, ya empezada la guerra, entonces sólo europea. Y debo confesarles que el muchachito español, interno en el Liceo «Michelet» de París, se sintió tristemente defraudado por el texto del presidente Azaña. Aquellas páginas melancólicas correspondían más bien al triste otoño naciente de 1939 que al recuerdo de la combatiente España republicana que guardaba, con fervor, aquel estudiante de bachillerato. Es más, sentía que el presidente Azaña había hecho un flaco servicio, con su libro, a todos los españoles que soñaban en tierra extranjera con un futuro renacer de la democracia en su patria. Impresión (puedo añadir) que vi luego corroborada en conversaciones con personas mayores de la comunidad republicana residente entonces en París. Mas al iniciar mis trabajos de recopilación de las obras completas del presidente Azaña —hace ahora un cuarto de siglo—, y leer nuevamente *La velada en Benicarló*, la vi como un extraordinariamente singular testimonio histórico, que debería considerarse como un valioso legado de los españoles que padecieron enorme tragedia colectiva. Y está de más decir cuál fue mi emoción al ver representada en el otoño de 1980 —el año centenario del presidente Azaña— *La velada en Benicarló* en la versión teatral de José Luis Gómez y José Gabriel y Galán. (Me permitiré indicar de paso que, según José Luis Gómez, el efecto del fallido golpe del 23 de febrero de 1981 fue muy visible para la obra de Azaña: el público que colmaba, hasta entonces, cada noche el Teatro de Bellas Artes, empezó casi inmediatamente a disminuir.) *La velada* no es, sin embargo, una obra militante, como todos ustedes saben.

Recordemos que Azaña consideró prácticamente concluida su función política al iniciarse el conflicto bélico en el verano de 1936. Y es sabido que estuvo a punto de dimitir en agosto de 1936 —tras los asesinatos de la cárcel Modelo— y abandonó Madrid a fines de septiembre, trasladándose a Barcelona, donde permaneció hasta mayo de 1937, en una especie de torre-vigía, por no decir de refugio melancólico. Y allí, en Barcelona, escribió, en unas dos semanas, *La velada en Benicarló* que concluyó en los llamados «días de mayo» de 1937, cuando la residencia presidencial estaba asediada por anarquistas y grupos afines. En el prólogo escrito en Francia, en mayo de 1939, Azaña justificaba su libro en nombre del ejemplo de independencia de espíritu que él representó, durante las que llamaba «jornadas frenéticas». Y definía lo que, según él, la República había representado: «La República no tenía por qué embargar la totalidad del alma de cada español, ni siquiera la mayor parte de ella, para los fines de la vida nacional y del Estado». Muy al contrario, prosigue Azaña, «había que desembargar muchas partes de la vida intelectual y moral, indebidamente embargadas, y oponerse a otros embargos de igual índole, pedidos con ahínco por los banderizos». Concluyendo Azaña que la finalidad de la República era adelantar la civilización en España. La guerra marcó, manifiestamente, un retroceso de la civilización en Espa-

ña: o mejor dicho, el comienzo brutal de un largo retroceso. Mas los españoles que dieron sus vidas en defensa de la República constituyeron un ejemplo para los demás europeos, cuando tuvieron finalmente que enfrentarse a la barbarie nazi. Y con aquellos españoles la Europa democrática tiene todavía pendiente una deuda de reconocimiento a su trágico heroísmo.

Octavio Paz ha dicho (en el *Laberinto de la soledad*) que él no podrá olvidar nunca las caras de los españoles humildes que él vio en la España republicana de 1937. Tampoco podré olvidar yo al campesino extremeño que un día de 1937 me dijo —estudiaba yo entonces el quinto de bachillerato en un instituto valenciano cuyos locales habían sido transformados parcialmente en hospital militar—: «Sabes, nosotros luchamos por la libertad del mundo». Podría observarse, por supuesto, que aquel campesino estaba repitiendo lo que su comisario político o la radio (era analfabeto) le habrían dicho. También podría decirse que el campesino extremeño era el español mesiánico de siempre. Pero había en él algo enteramente nuevo: el ánimo de entrega generosa, la profunda conciencia de su dignidad individual. Y debo confesar que recuerdo a aquel campesino —herido grave— en aquella mañana valenciana de 1939, cuando oigo a españoles hablar de la guerra con una especie de masoquismo que se complace en acentuar la brutalidad del ser humano.

Raymond Aron recordaba un pensamiento común a Nietzsche y a Paul Valéry: «Para las comunidades humanas, como para los individuos, el olvido no es menos esencial que la memoria». Quizá sea mejor para la España actual olvidarse de la guerra: lo cual no quiere decir, por supuesto, que deben los jóvenes historiadores dejar de investigar y reconstruir la historia de aquella tragedia. Pero, de manera general, me sigue pareciendo, como apunté antes, que es necesario sobre todo enseñar el amor a la libertad. No creo, por otra parte, concebible que pueda haber una nueva guerra civil en España, del mismo modo que es inconcebible una guerra entre Francia y Alemania: la Europa de nuestro tiempo es una realidad muy distante de todos los nacionalismos destructores del pasado y más aún de todas las «guerras de religión o de ideología». Por eso, en gran medida, todo lo sucedido en España, desde 1975, ha relegado crecientemente la guerra de 1936-1939 a su lugar verdadero, al de la historia universal.

Benedetto Croce señalaba que, con frecuencia, en un rincón del mundo se ve más claramente el drama histórico de una época, por ofrecer ese lugar menos complejidades que una zona central. Quizá la España de 1936-1939 fue ese «rincón» iluminador de una época —de su drama fundamental: y también podría decirse que, en la vida como en la literatura, un héroe trágico lo es, *no* por haber fracasado o triunfado, sino por haber representado, encarnado, todas las tensiones interiores de un mundo humano. La España de 1936-1939 fue ese héroe trágico que pide, sobre todo, que los españoles se consideren libres del terrible orgullo de creerse marcados para siempre por un sino fratricida. Convendría recordar, ahora, las palabras del general De Gaulle —tras haberse negado a visitar el Alcázar de Toledo:

«Todas las *guerras* son malas porque significan el fracaso de toda política. Pero las guerras civiles son imperdonables, porque la paz no nace cuando la guerra termina.»

Estas palabras se aplican particularmente a la guerra española, ya que, en efecto, los vencedores no quisieron dar a España la paz tan anhelada por la mayoría de los españoles.

Uno de los conceptos más universalmente valiosos del pensamiento de mi maestro, Américo Castro, en sus largos años de exilio, fue el de *lo historiable*. Que podría cifrarse en lo que subsiste en la vida de un pueblo como una constante incitación a adelantar en el proceso de humanización de la vida humana. Y así podríamos preguntarnos sobre la guerra española: ¿no convendría acentuar en la historia del conflicto de 1936-1939 todo lo que lleve a desarrollar en los jóvenes la fe en el futuro pacífico de su patria? En conclusión, nada podrá nunca quitar a los españoles el dolorido sentir dejado por aquella magna catástrofe, mas puede atenuarlo el tener presente que los españoles que actuaron siguiendo las normas de la civilización humanitaria sobrepasaron, con creces, a los entregados al odio, la violencia y la crueldad.

Este texto fue presentado al Seminario «Reflexiones sobre la guerra civil», organizado por la Fundación Pablo Iglesias en el mes de mayo, y que formará parte de un libro colectivo con el resto de ponencias y contribuciones al Seminario.
